para con María. Y ¿qué extraño es que unos hijos, desde el momento en que tienen noticias de su parentesco, se entiendan sin hablarse, á pesar de la distancia que los separa, y que, sin ponerse de acuerdo, convengan en los honores que tributan á su Madre, en la confianza con que la invocan, en el entusiasmo con que celebran sus alabanzas y en la ternura de su amor, si un instinto comun, recibido con la gracia de la fe, les inspira y les persuade estos sentimientos?

CAPÍTULO XV.

El culto de María, la devocion á la Madre de Dios es una señal de la verdadera fe. Los herejes no entienden este misterio de amor; al blasfemar de las prácticas católicas respecto á María, se creen sabios, y no son otra cosa que insensatos; se dicen ilustrados, y viven en tinieblas.

Esta es una de aquellas leyes de que Dios habia anunciado, por boca de un profeta, que al tiempo de la redencion las escribiria El mismo, no sobre piedra, sino en el corazon de los hijos de los hombres (1); porque, en efecto, este sentimiento de devocion y de amor á María, y de confianza en su intercesion y en su proteccion, se encuentra, más ó ménos tierno, más ó ménos ferviente, en el corazon de todos los verdaderos católicos.

Nosotros no sabemos darnos razon de él, y sin embargo, no podemos desprendernos de él miéntras permanezcamos católicos, porque no somos nosotros los que lo hemos hecho nacer en nuestro corazon. La misma gracia que nos ha hecho hijos de la Iglesia, nos ha dado igualmente este sentimiento filial respecto á María; indicio cierto de que no se conoce verdadero catolicismo sin la devocion de María, ni verdadera devocion de María fuera del catolicismo.

(1) Legem meam... in corde eorum scribam. (*Jerem.*, xxxi, 33.)

Por consiguiente, la devocion de María (y esta reflexion es muy consoladora para las almas piadosas y fieles) es uno de los indicios y de los signos ménos equívocos y más ciertos de la verdadera fe. La razon de esto es muy clara despues de lo que hemos dicho ya.

San Juan no es dado por hijo á María, porque es Juan hijo del Zebedeo, ni porque tiene méritos personales que le son propios, sino porque es el discípulo, y el discípulo amado de Jesucristo (1); es decir, porque tiene las dos cualidades propias de todos los verdaderos fieles, de todos los hijos de la Iglesia; por esta razon los representa á todos, como ya hemos dicho con Silveira.

María, pues, es particularmente Madre de todos los verdaderos creyentes, y éstos son particularmente sus hijos. De aquí se sigue que, así como no hay un verdadero creyente ó un verdadero *discípulo amado de Jesucristo* que no sea tambien hijo de María, tampoco hay un verdadero hijo de María que no sea *discípulo amado de Jesucristo;* y así como es una condicion necesaria ser discípulo amado de Jesucristo y verdadero creyente para ser hijo de María y tener respecto á Ella el corazon y el afecto de un hijo, así tambien el que es hijo de María y tiene respecto á Ella un corazon y un afecto filial, tiene una señal segura de que es verdadero creyente y *discípulo amado de Jesucristo*, porque el Hijo de Dios no ha dado el nombre, la

(1) Discipulus quem diligebat Jesus. (*Joan.*, XIII, 23.)

cualidad ni el corazon de hijos de María sino á sus discípulos verdaderos y amados, á los verdaderos creyentes, á los verdaderos hijos de la Iglesia.

Se lee en la vida de San Ignacio que, atravesando la Suiza con sus compañeros, cuando aquel país estaba ya infestado por la herejía, para ir á Italia, encontraron una mujer que salió á su encuentro, poseida del más vivo entusiasmo. Derramando lágrimas de gozo y de ternura, se prosterna á sus piés y no cesa de bendecir á Dios y de besar sus hábitos con las señales más grandes de devocion. Los viajeros le preguntan la causa de aquellas demostraciones extraordinarias de gozo cristiano, y ella les dice: «Yo soy católica, yo soy la única católica que ha quedado en esta tierra desgraciada. Los predicadores de Calvino han hecho todos los esfuerzos posibles para hacerme apostatar, y para conseguirlo han querido persuadirme, entre otras cosas, que el catolicismo habia muerto y que no quedaban ya católicos en el mundo. Yo no les he creido; pero hoy experimenta mi alma una alegría indecible, porque veo con mis ojos que esos nuevos maestros del error son unos impostores. No, no es cierto que no existen ya católicos, pues que vosotros lo sois, y estoy segura de que lo sois, porque veo que llevais todos al cuello el rosario de María, que la herejía ha proscrito en estos países, y que por lo mismo es una señal cierta del catolicismo.» Es necesario convenir que aquella mujer mostró entónces una inteligencia de la verdadera religion mayor que la de un teólogo profundo, y

que, con la ayuda de su instinto religioso y del tacto de su verdadera piedad, se formó un juicio más cierto y más seguro que el que hubiera podido formar por la más docta controversia ó por una demostracion teológica. Y en efecto, honrar á María con una ternura filial es ser discípulo de Jesucristo, y por consiguiente hijo de la Iglesia; por la misma razon la devocion á María es una de las señales más ciertas de la verdadera religion.

Muchos siglos ántes habia hecho San German un raciocinio semejante, diciendo que, así como la respiracion es al mismo tiempo una causa y una señal de que el hombre está vivo en el órden natural, de la misma manera la invocacion del nombre de María y la práctica de su culto son una prueba de que los que se ejercitan en ella viven en el órden espiritual; esta práctica es el gérmen que produce esa vida, y el alimento que la conserva (1); y así como la verdadera fe es el principio de la vida espiritual de los justos (2), así tambien la invocacion y el culto de María son un argumento implícito y una prueba de la verdadera religion, de la verdadera fe. Por esta razon en los países donde los católicos viven mezclados con los herejes, las ciudades en cuyas calles se encuentran imágenes de María son

(1) Sicut respiratio non solum est signum vitæ, sed etiam causa; ita Mariæ nomen quod in servorum Dei ore versatur, simul argumentum est quod vivant, et simul etiam hanc vitam efficit et conservat. (*S. German.*, *Orat. de Virg.*)

(2) Justus autem ex fide vivit. (*Rom.*, I, 17.)

reconocidas de todos por ciudades católicas, y las familias á quienes se oye recitar las alabanzas de María, por esta sola señal son reconocidas por familias católicas. De ahí nace el sentimiento delicioso y la santa complacencia que experimentan las personas animadas de un celo verdaderamente religioso cuando, ya en público ó en particular, ya de dia ó en el silencio de la noche, oyen resonar los aires con las alabanzas de María. No queremos decir por esto que una familia que no frecuenta estas prácticas deba ser considerada como sospechosa en la religion. Pero si la mision de las prácticas de piedad respecto á María no siempre es una señal de incredulidad ó de herejía, lo contrario es, sin embargo, generalmente cierto; la invocacion y el culto de María son la señal de la verdadera religion. En la opinion comun este es el signo distintivo de las familias verdaderamente cristianas.

Sí, el que cree en las prácticas de piedad, mucho más creerá en los dogmas de la verdadera religion, y esto no puede ser contrario á la doctrina ni á las máximas de un hijo que se complace en honrar á su madre. Este sentimiento innato de ternura filial respecto á María tiene su raiz en la verdadera fe; este es uno de los frutos que ella produce, uno de los efectos que causa y uno de los sentimientos que inspira, porque el Hijo de Dios no dió á María por hijo sino al que es su discípulo amado, al verdadero fiel, y este es el único que conoce su parentesco y cumple los deberes que le impone. Por consiguiente, aquellos que, por su desgra-

cia, se han separado de la unidad de la Iglesia para lanzarse en el cisma ó en la herejía, como no son los verdaderos discípulos, los discípulos amados de Jesus, supuesto que están fuera de la Iglesia, no tienen tampoco la cualidad, el corazon ni el afecto filial respecto á María, porque esta herencia no pertenece más que á los hijos de Jesus, á sus discípulos amados. Esta ley del amor filial no está escrita en sus corazones, porque esta ley, ó el sentimiento que ella produce, tiene su orígen en la ternura filial de Jesucristo respecto á María, de que hace participantes á los que forman un mismo cuerpo con El, ó á sus miembros, que son los verdaderos hijos de la Iglesia. Por consiguiente, los que no pertenecen á la Iglesia ni forman un mismo cuerpo con Jesucristo, como que no participan, miéntras permanecen en ese estado, de sus privilegios ni de sus derechos, tampoco participan de sus sentimientos ni de sus afectos. Por esta razon nada sienten de tierno, de dulce ni de afectuoso respecto á María. Su corazon está frio é indiferente respecto á Ella. María es para ellos una *Mujer*, y no una *Madre*. Si tienen algun aprecio á esta *Mujer fuerte*, no sienten movimiento alguno de afecto hácia esta *Madre* llena de ternura. Si ellos la veneran y la honran á su modo, su culto es el culto del espíritu y de la razon, pero no el del afecto y del corazon; es un culto árido y frio, un culto que no puede llamarse tal. Una práctica cualquiera de religion á la que el corazon es extraño, es un homenage estéril, filosófico y abstracto del espíritu; un homenage

tal sale de la esfera de los actos religiosos, y ni aun siquiera merece el nombre de culto.

Los herejes, extraños á los sentimientos que los católicos experimentan respecto á María, nada entienden de cuanto hacemos por Ella ni de cuanto le decimos. No comprenden que el culto que le tributamos, culto particular, culto inferior al que tributamos á Dios, y superior al que tributamos á los santos, es en nosotros un instinto religioso, un movimiento indeliberado, una necesidad del corazon; no comprenden que este culto es un efecto de las relaciones filiales que la palabra divina estableció entre nosotros y María, unido á las relaciones de fraternidad que la misma palabra divina estableció entre nosotros y Jesucristo, y que es tan natural que experimentemos un placer interior en honrar á María, en recurrir á Ella y en invocarla, como ver á un hijo experimentar el mismo sentimiento al cumplir los mismos deberes para con su madre.

De ahí nace que en nuestras prácticas de devocion respecto á María, prácticas arregladas y encerradas en sus justos límites por la autoridad de la Iglesia, no ven ellos otra cosa que prácticas supersticiosas, homenages desmesurados é injuriosos á Dios, que no convienen á María, y que respecto á nosotros son vanos é inútiles. Por esa causa nos critican, nos injurian y nos ponen en ridículo; ellos se jactan y se glorían de no hacer nada de esto, es decir, que pretenden sacar ventaja de una cosa sobre la que deberian gemir; porque, si no se dedican á semejantes prácticas, es porque no

tienen el sentimiento de ellas ni conocen su necesidad. De este modo son extraños á la fuente de los mayores consuelos y de los más importantes auxilios, que nosotros los católicos encontramos, en las tristes vicisitudes de esta vida, al honrar á María y al recurrir á Ella, y que nos salvan con preferencia de los excesos de la desesperacion y de los horrores del suicidio.

Mas, si sucede, como se ve cada dia en estos últimos tiempos, que alguno de nuestros hermanos separados de la verdadera religion la abrace de nuevo y vuelva á entrar en el seno de la verdadera Iglesia, experimenta al momento en su corazon una mutacion sorprendente é instantánea respecto al particular de que tratamos. Sin que nadie le imponga como ley la devocion á María, principia al momento á sentirse inclinado á ella y á experimentar su necesidad. Su corazon se abre por sí mismo al amor filial respecto á María; las prevenciones desaparecen en él con los errores, y su corazon se muda, lo mismo que su espíritu. Con una regla segura de creencia, recibe tambien una regla segura de amor; y como se observa con frecuencia, los protestantes, sinceramente convertidos al catolicismo, aun cuando no estén acostumbrados desde su nacimiento, como nosotros, á las prácticas de devocion, se hacen, como por encanto, singularmente devotos de María, y manifiestan en esto un fervor y una complacencia capaces de avergonzar á los que han mamado con la leche esta devocion.

Por el contrario, apénas un cristiano (y lo mismo

puede decirse de una nacion) ha salido del círculo de la unidad católica y ha abandonado la Iglesia, cuando, perdiendo la cualidad de hijo de María (porque no es ya hijo de María el que no es miembro del cuerpo de Jesucristo), pierde tambien el instinto y el sentimiento, y abandona todas las prácticas piadosas respecto á la que, de Madre que era, se ha hecho para El una extraña. El se cree de repente esclarecido por una nueva luz, y se imagina ver excesos, supersticion y escándalo donde ántes no veia más que una práctica de religion justa y edificante. Mas lo que él cree una nueva luz no es para él otra cosa que un aumento de tinieblas (1). Cuando la verdadera fe se ha alterado en él, se ha alterado igualmente el órden de la caridad, y los sentimientos del corazon se han borrado en él á medida que las santas verdades se han disminuido en su espíritu, como dice el profeta (2). Así, pues, envanecido por aquello mismo que deberia humillarle, satisfecho de sí mismo por lo que deberia hacer correr sus lágrimas, se pone á combatir la verdadera devocion, que ha perdido, con la verdadera fe, que condena porque no la entiende, y no la entiende porque no la siente.

De ahí nace que los herejes de todas las sectas y de todos los matices se han levantado siempre principalmente contra las prácticas de la devocion católica respecto á María. Para destruirla con más facilidad han principiado combatiendo los privilegios sublimes de

(1) Lumen quod in te est, tenebræ sunt. (*Matth.*, VI, 23.)
(2) Diminutæ sunt veritates à filiis hominum. (*Psal.*, XI, 1.)

María, que son su fundamento, y que la tradicion y los concilios le han garantido. Por consiguiente, si la devocion á María y el culto que se le tributa son un indicio del verdadero catolicismo, será un indicio de herejía, ó al ménos de una religion sospechosa, la aversion, ó por mejor decir, el desprecio y la guerra que se hace, bajo la máscara de un falso celo por la dignidad del Hijo, á las prerogativas de la Madre y á las prácticas de piedad con que sus hijos la honran y la invocan.

Derramemos lágrimas de compasion sobre esa ceguedad voluntaria de una parte de los cristianos, y sobre las desgracias que les atrae esta ceguedad. Dichosos nosotros, que nos encontramos en la verdadera Iglesia, en la que tenemos á María por Madre; seamos generosos y constantes en su culto y en nuestra devocion á Ella, para hacernos participantes de esos bienes que nos promete y nos asegura la proteccion de esta tierna Madre.

CAPÍTULO XVI.

Las palabras de Jesucristo: *Hé ahí tu Madre, hé ahí tu hijo*, recuerdan naturalmente estas palabras de Pilatos: *Ved ahí el Hombre, ved ahí vuestro Rey*. Circunstancias de esta declaracion de Pilatos. Su significacion, y la relacion que tiene con el título de la cruz. Explicacion de este título, y su armonía con las palabras de Jesucristo. Todo el Cristianismo está contenido en este título y en estas palabras. Cuáles deben ser los verdaderos hijos de María.

Despues de varias é importantes interpretaciones que hemos dado en el discurso de esta obra á estas palabras de Jesucristo, *Hé ahí tu hijo, hé ahí tu Madre*, se creerá tal vez que nada puede decirse de nuevo sobre ellas. Sin embargo, es tal la fecundidad de la palabra de Dios, que cuanto más se considera y se medita, tanto mayores son y más importantes las verdades que en ella se descubren. Las palabras que hemos citado están tan llenas de misterios sublimes y de útiles lecciones, que si quisiésemos referirlos y explicarlos todos, seria necesario comenzar de nuevo esta primera parte. Mas como la abundancia de materia la ha abultado insensiblemente, y mucho más de lo que pensábamos, en la necesidad de llegar al fin que nos proponemos, nos contentaremos con dar la última explicacion de estas misteriosas palabras, que hará conocer más y más su profundidad, y nos suministrará materia